

era casi imposible atraer la atención hacia lo íntimo de cada persona, menos vincularlo a posibles orígenes de enfermedades. Dentro de las diversas especies del género cosmopatológico: la fisiopatológica, la anatomopatológica y la etiopatológica, no cabía lo antropológico. En la mentalidad cosmopatológica, el hombre en una especie de contradicción íntima, es un dios todopoderoso, y sin embargo, apenas un ser más dentro de la naturaleza, no muy diverso a todos los otros, aunque mucho más complejo; el que tenga intimidad, conciencia de sí, libertad, sentido de la culpabilidad, no cuenta en la investigación misma. Esto ha llegado al extremo, señala Laín, de confundirse allí usualmente los términos soma y cuerpo. El soma es lo físico del cuerpo; pero un cuerpo humano se diferencia de un cadáver en su constante estar animado por un juego fisiognómico y mímico, expresivo de su existencia y eso ya sobrepasa en buena parte lo científico-natural; de esto no se ha percatado la medicina, pues no se ha dado cuenta de que era sólo somática, y no corpórea en su pleno sentido.

Ha sido necesario en cierto modo, en acuerdo al pensar de Laín, que dos mentalidades que caminaban apartes, la cosmopatológica occidental y la personalística semítica, tuviesen la fortuna de unirse en el alma de un semita y occidental, Freud, para que surgiera la medicina antropológica, asumidora de ambas. El suceso es tan insólito, que el propio Freud cuando desemboca en el mundo íntimo del subconsciente, de los instintos, de la culpa, de las fantasías, se cree todavía totalmente fiel a la ciencia natural y a la mente cosmopatológica. Su teoría y su historia son demasiado conocidas como para hablar de los enormes cambios que introduce; recordemos, sin embargo, el rescate del sentimiento de culpa y de la purificación a través de la confesión íntima ante el médico, como elementos necesarios a tener en cuenta para ordenar bien los instintos y alcanzar la salud. Convertida ahora la medicina, de visual en auditiva, el médico escucha, no para traducir síntomas y signos a imágenes anatómicas, sino a otro lenguaje más inteligible, coherente y veraz, capaz de iluminarle al paciente el sentido de la vida. El ejemplo del freudismo muestra, para Laín, la larga perduración de las mentalidades médicas: la personalística semítica se había dispersado en la antigüedad en algo de apariencia científica dormida; no obstante, persistía subterráneamente hasta el punto de penetrar en pleno siglo diecinueve, a una mente occidental fuerte, obligándola a tener en cuenta sus puntos de vista. Notable a nuestro juicio, si interpretamos con acierto a Laín, es que aquí lo supuestamente más nuevo, lo biográfico, viene de la viva unión, no fusión, de dos mentalidades antiguas; de ese modo, cada una, que investigaba por separado con diversa fortuna, obtiene en adelante éxitos científicos mucho mayores al juntarse con la otra.

No hay, en suma, desde el lado del objeto de la medicina como ciencia natural, cambio de edades históricas, revoluciones en la manera científico-natural de ver lo humano, sino la adquisición inacabable de resultados siempre novedosos, que dejan como caducos a los anteriores, por parte de mentalidades arquetípicas perennes, independientes de pueblos y razas, aun cuando aparecen primero ligadas a eso; la mentalidad cosmopatológica nace en Grecia y abarca enseguida a griegos, romanos, latinos, germanos, judíos; la mentalidad personalística semítica, gracias a la medicina antropológica, al psicoanálisis, al análisis fenomenológico y al existencial, se extiende hoy a la mayoría de Occidente, se enlaza fuertemente con la vieja catarsis helénica y por medio de ella a la línea helénica hipocrática cosmopatológica, reforzándose ambas de manera recíproca.

El concepto de mentalidad introducido por Laín en la historia de la medicina, ajeno al concepto psicológico o popular (como cuando se habla de mentalidad española, alemana o chilena), es en nuestra opinión, e insistimos otra vez, una devota e invariable inclinación del alma a trabajar de fijo una cara de la realidad, lo cual le da la virtud por su persistencia en lo mismo a lo largo de los tiempos, de adquirir un sabio discernimiento en el trato con las cosas, para separar lo significativo de lo insignificante; de ahí la seguridad y el optimismo con que usa sus métodos y se experimenta dueña del porvenir. Su precariedad es no ser atraída por lo que no cae bajo su área de fascinación, aunque se trate de un bien a la vista, porque, no le es plausible como realidad, lo no susceptible de responder a su método tradicional de acercarse a las cosas.

## Las formas del amor en la relación médico-paciente

La vía de accesibilidad a lo real a través del tipo de mentalidad, se limita según Laín, sólo a las investigaciones científico-técnicas de la salud y la enfermedad, pues lo obtenido puede ser utilizado de modo similar por la universalidad del género humano; no ocurre lo mismo en el trato personal médico-enfermo; éste por ir dirigido a individuos o grupos precisos, debe especificarse en cada caso y dependerá enormemente de lo que se crea de la naturaleza del hombre y su poder, y de la mayor o menor cercanía a Dios. Algo hay sin embargo de común a toda la medicina: el ver en la original vinculación médico-paciente, lo previo a toda prevención o tratamiento; donde la vinculación no se establece en acuerdo a lo que médico y paciente esperan de ella, viene el fracaso.

Entre los griegos libres, la amistad médica era un fundamento de partida; la amistad venía de la confianza del paciente en el arte del médico y de la voluntad de éste por esmerarse en llevar todo el proceso hacia una solución feliz. El amor en aquel pueblo se ha expresado en dos formas primordiales: *eros* y *philia*; el *eros*, como lo dijo Platón, aspira a la íntima comunión con el Bien y la Belleza; es el deseo —se expresa en *El Banquete*— de reproducirse en lo bello, a ser ennoblecido por tender hacia lo más alto; en cierto modo es un amor de completud, de ascenso a lo de más arriba. La *philia*, la amistad en el sentido ordinario de la palabra, es un deseo de darse al otro, de participar lo que se tiene, con lo cual se unen en el goce común del dar y del recibir recíproco. Al amor de amistad, a la *philia*, incorporaron la amistad médica, forma helénica entonces, de la relación médico-paciente: «Donde hay *philantropía* (amor al hombre en cuanto hombre), hay también *philoteknía* (amor al arte de curar), proclama una famosa sentencia, helenística ya, de los *Praecepta* hipocráticos. Antes que actividad diagnóstica y terapéutica, la relación entre el médico y el enfermo es —o debe ser— amistad, *philia*», dice Laín.<sup>7</sup> Enseguida aludiendo a Aristóteles, en la diferencia entre *eros* y *philia*, Laín agrega una nueva precisión reveladora de lo que entendió por eso el alma helénica: «El *eros* tiene su principio en el placer visual y la *philia* en la benevolencia (Eth. Nic. 1167a). Para los amantes, el sentido más precioso es la vista; para los amigos, en cambio, lo preferible a todo es la convivencia (1171b). La vista según esto, sería el

<sup>7</sup> Pedro Laín Entralgo, *El médico y el enfermo*, edic. cit., p. 17.

sentido más propio de la *theoría* y del *eros*, y el oído, el sentido de la ética y la amistad». <sup>8</sup>

Mientras el *eros* es la apetencia de seres donde se refleja más vivamente la imagen de las ideas supremas, la *philia* o amistad, es más bien un amor entre iguales. Por lo mismo no se da casi en la relación entre el médico y el esclavo, que es una especie de subhombre incapaz de recibir dones desajustados a su naturaleza. La curación de esclavos se hace en silencio y sólo con remedios después de un examen breve. La curación de los libres exige exámenes prolongados y largas conversaciones en las cuales se crea la amistad y la confianza a través de la explicación circunstanciada que hace el médico sobre la naturaleza de la enfermedad, su origen y su pronóstico; el éxito de la terapia depende de esta educación técnica y de su asimilación por parte del paciente; son los bellos discursos, tan eficaces como los fármacos mismos, dice Platón. El enfermo mejora en cuanto sabe *qué* es su mal y *porqué* lo tiene; en cierto modo y mientras se mantiene bajo tratamiento, es alumno del médico. Dicha forma óptima de relación médico-paciente seguramente la tenían los ricos dada la exigencia de tiempo y paciencia; las quejas de los contemporáneos contra la atención de técnicos «que corren de un lado a otro», parece mostrarlo. Según Aristófanes, en el segundo *Pluto*, «donde no hay recompensa no hay arte». Lo notable es el descubrimiento del valor curativo de la palabra, pues pone en evidencia que para los médicos helénicos la salud y la enfermedad poseen un esencial componente psíquico y la materia les parece sensible al ritmo, al lenguaje, a los bellos discursos. Por lo demás esto no es extraño en un pueblo que no veía la materia a la manera occidental: pétrea, dura, impenetrable, opaca, insensible, despreocupada de sí misma, sino que al revés: porosa, sutil, plástica, vivaz, ávida de ser asumida por una *forma* que la concretice y eleve a lo individual. La consistencia verdadera la tienen en Platón las Ideas o Formas eternas de las cuales lo existente acá es un reflejo o sueño. En Hipócrates, Alcmeón de Crotona, y los demás médicos, la psique a su vez está en perpetua ansia de los cuatro elementos materiales, pues si éstos se mantienen en la armonía perfecta exigida por la naturaleza humana, le proporcionan sin descanso autoconciencia, alegría, paz; privada de cuerpo material vaga por el Hades como sonámbula.

En Aristóteles la *substancia primera*, que es el verdadero ser, <sup>9</sup> tiene su propia consistencia, y en el hombre y en las cosas es unidad íntima entre *materia prima* y *forma substancial*; ahora, salvo quizás en el hombre, donde podría darse separada después de la muerte, <sup>10</sup> la forma substancial existe en acto cuando es luz y vida de una mate-

<sup>8</sup> Pedro Laín Entralgo, op. cit., p. 19.

<sup>9</sup> Nos referimos aquí a los conocidos conceptos aristotélicos de *substancia primera* y *substancia segunda*, *materia prima* y *forma substancial*, *acto* y *potencia activa* y *pasiva*, investigados también en la Edad Media por San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, Duns Escoto. La *substancia primera*, es este hombre, este animal (Pedro, ese caballo, ese árbol, etc.). La *substancia segunda* apunta a los universales (lo común a una especie o a un género) los cuales naturalmente no tienen existencia concreta individual en la realidad sino que son una abstracción de la inteligencia. La *substancia primera* en cuanto es lo que existe tangiblemente, de manera por decirlo así, sensorial, es el ser.

<sup>10</sup> El fondo más primordial de la forma substancial humana, lo diferente a otras formas, sería para Aristóteles el entendimiento; como se sabe, lo divide en agente y posible o pasivo; el entendimiento agente es el que abstrae lo esencial desde las imágenes proporcionadas por los sentidos, a fin de elaborar los conceptos los procesos superiores del alma. El entendimiento posible, es el que de hecho conoce lo elaborado por el entendimiento agente; al parecer éste, el agente, sería el inmortal.